

**Domingo XXIII del TO
Ciclo B**



8 de septiembre de 2024

Is 35, 4-7

Sal 145

St 2, 1-5

Mc 7, 31-37

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús se encuentra en territorio pagano, en la orilla oriental del mar de Galilea. Unos sujetos indeterminados «*le llevan*» un sordo tartamudo. Son individuos que sienten interés por el sordo y compasión por su estado; saben que la sordera le impide escuchar a Jesús; al mismo tiempo tienen confianza en éste y conocen su poder; están seguros de que puede remediar esa incapacidad¹.

Al contrario que otros personajes del evangelio el sordo no se acerca por sí mismo a Jesús ni le pide remedio a su invalidez. Esto indica que no es consciente de su estado o bien que no siente necesidad de cambio; vive en una desgracia, solo se escucha a sí mismo y cuando intenta hablar lo otros no le entienden: es un ser aislado. A veces nosotros nos encontramos en esta situación de creer que no tenemos necesidad de que se abran nuestros oídos, porque oímos perfectamente, de creer que expresamos a Dios correctamente en nuestras vidas, cuando en realidad, tartamudeamos y no sabemos que lo hacemos.

La sordera, junto con la ceguera, se usa continuamente en los profetas como figura de la resistencia a escuchar lo que Dios dice. El individuo sordo representa, por tanto, a uno que no entiende o no quiere entender; en cuanto tartamudo, a uno cuyo lenguaje es confuso o ininteligible. Como tantas veces que nos pasa a nosotros en la vida.

Jesús quiere eliminar las dos taras, la sordera y la tartamudez. Respecto a la primera, en vez de aplicar la mano al sordo, como le habían pedido, le mete los dedos en los oídos; respecto a la segunda, le toca la lengua con su saliva. Jesús está empeñado en nuestra curación y siempre hará más de lo que pidamos u otros pidan para nosotros. Los acompañantes habían pedido que le impusiera las manos; pero Jesús realiza estos dos gestos sorprendentes.

La acción de meter los dedos en los oídos, como si los perforara, significa que Jesús tiene que vencer una fuerte resistencia; quiere hacerse oír eliminando el obstáculo, haciendo llegar a la mente del discípulo su mensaje. Es la insistencia de Jesús ante nuestra resistencia. Por más obstáculos que pongamos él insistirá una y otra vez.

Por otro lado, en la cultura judía, la saliva, por el hecho de estar en la boca, se consideraba aliento condensado. Aquí Jesús la aplica al individuo en la lengua con los dedos; el contexto

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y exegético. Vol. II.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

cultural judío hace ver que la fuerza que transmite Jesús con su saliva es su aliento, su Espíritu. Tocar la lengua con la saliva, es decir, impregnarla del Espíritu, representa el deseo de Jesús de que este hombre proclame su mensaje sin ambages y con valentía. Jesús quiere de nosotros que hagamos suyo su mensaje y que hablemos conforme a él.

Jesús levanta la mirada al cielo, subrayando el evangelista con este gesto la importancia de la acción que va a cumplir. Pero también suspira, lo que indica la pena o tristeza por la prolongada obstinación que a veces presentamos al no querer oír a Dios en el fondo de nuestro corazón, convirtiendo nuestra vida en una tartamudez de nosotros mismos. A veces nos resistimos a colaborar en la obra de Jesús sobre nosotros. Un ser tartamudo es un ser que se expresa con dificultad, a veces de forma ininteligible; esa imagen es tomada para indicar que quien no oye a Dios jamás podrá expresarse a sí mismo con autenticidad y lucidez, ni por tanto, podrá expresar a Dios.

Entonces, Jesús dice en arameo: « *¡Effetá!* ». Esta orden significa « *Ábrete del todo* » expresa el efecto deseado de la acción anterior. La orden va dirigida al oído, pero interpela al hombre entero; es éste el que tiene que abrirse, cambiando de actitud.

El que era sordo es ahora capaz de escuchar y entender; se le abren los oídos, y se subraya el nuevo modo de hablar: lo hace, dice el evangelista, « *correctamente* ». Antes hablaba mal, lo que equivalía a no transmitir un mensaje auténtico.

A los que deseaban ver remediada la situación del sordo y que ven ahora cumplidos sus deseos Jesús les advierte que guarden silencio. No es la primera vez que Jesús impone silencio respecto a una actuación suya. Y ya sabemos por qué. El hombre fácilmente se deja llevar por lo extraordinario, por lo exterior por lo que se ve y palpa, y le cuesta más ir hacia el interior, donde se realiza auténticamente el milagro. Jesús no quiere que le sigan por lo exterior, sino por un corazón que se adhiere a él en lo sencillo, en el silencio y el ocultamiento, no un corazón que se adhiere ante lo espectacular, lo vistoso y la aclamación. Jesús huye de ello como de la peste.

La sensación que causa el resultado de la acción de Jesús es extraordinaria, aunque solamente en los circunstantes, no en el afectado. De hecho, sorprende que el antes sordo no muestre su agradecimiento a Jesús ni proclame él mismo su restablecimiento.

La aclamación de los presentes: « *¡Qué bien lo hace todo!* », nos recuerda la acción de Dios en la creación, cuando después de actuar se dice en el Génesis: « *Y vio Dios que era bueno* ». El hombre que así ahora oye y habla se convierte en una nueva creación por la acción del Espíritu de Dios que sobrevolaba sobre su sordera y la oscuridad de su vida.